

Enrique Melantoni (recopilador)

El girasol

Leyenda guaraní

Ilustrado por Omar Panosetti



Felices eran los días en que Mandió era un cacique justo y valiente. Felices cuando Pirayú, cacique de la tribu vecina, al otro lado del Paraná, era su amigo.

Los dos pueblos vivían en armonía y comerciaban en paz el trabajo de sus artesanos.

Pirayú pensaba que la hermandad y el respeto entre las dos tribus durarían para siempre. Mandió, en cambio, estaba convencido de que ambos pueblos debían ser uno. Sabía que Pirayú tenía una hija muy hermosa llamada Carandaí. La había visto a lo lejos, paseando por la orilla del río Paraná, rodeada de amigos, y su belleza le había quitado el sueño.

Un día fue a ver a su amigo y le dijo:

Texto © 2005 Enrique Melantoni. Dibujo © 2005 Omar Panosetti. Permitida la reproducción no comercial, para uso personal y/o fines educativos. Prohibida la reproducción para otros fines sin consentimiento escrito de los autores. Prohibida la venta. Publicado y distribuido en forma gratuita por Imaginaria y EducaRed:

<http://www.educared.org.ar/imaginaria/biblioteca>

—Para que nuestros pueblos fortalezcan su hermandad convirtiéndose en uno, dame la mano de tu hija.

Pirayú respondió con tristeza:

—Lo que me pides no es posible. Carandaí ha consagrado su vida a adorar al dios Sol. Jamás se casará con un mortal...

Mandió no podía creer lo que escuchaba. ¡Él había visto a Carandaí paseando con sus amigos!

—Desde que era pequeña, Carandaí se sintió atraída por el sol. Hasta tal punto, que debí rodearla de jóvenes de su edad para que la protegieran de accidentes, por esa costumbre suya de estar todo el tiempo mirando para arriba...

“Los días nublados se hundieron en la tristeza, porque no puede ver a su amado surcando el cielo. Por eso no puedo darte su mano, aunque en otras circunstancias hubiera recibido tu pedido con alegría...”

Una furia ciega crecía en el pecho de Mandiό al escuchar a Pirayú. Se despidió bruscamente, y volvió a su aldea planeando una venganza. No aceptaría que Pirayú lo rechazara como yerno sólo porque su hija estaba confundida. Ya se ocuparía él de sacarla de esa confusión...

Pocos días después, Carandaí paseaba con su canoa contemplando el atardecer sobre las aguas del río, cuando vio terribles lenguas de fuego alzarse de su aldea.

Angustiada, remó con todas sus fuerzas para ir en ayuda de su pueblo, pero apenas desembarcó se encontró con Mandiό, quien todavía llevaba una antorcha encendida en las manos.

—El fuego de tu amado sol no se compara con la furia del que yo encendí. Pídele a él que te libere de mi venganza...

Con lágrimas en los ojos, Carandaí se volvió al sol, que ya estaba a punto de ocultarse.

—¡Cuarahjí! ¡Mi amado! ¡Sálvame de este monstruo! No permitas que se me acerque...

Por un momento, el brillo del sol poniente creció y envolvió la tierra. Los animales de la selva chillaron alarmados. Una lengua de fuego bajó del cielo y rodeó a Carandaí como un escudo protector.

Mandió escapó aterrado, arrojándose al río.

Cuando todos los fuegos se consumieron, en el lugar donde estaba Carandaí brotó una planta desconocida, de largo tallo, coronada por una flor dorada.

Era el girasol, que al igual que la princesa enamorada, sigue desde entonces el paso del sol por el firmamento, en adoración incondicional.